

## CAPÍTULO XI.

¿QUÉ PUEDE ESPERARSE DE LOS GRIEGOS? — CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Por muchas relaciones se nos da á entender, aunque vagamente, una preciosa fermentacion excitada en la Grecia moderna: se habla de un nuevo valor, de un ardiente entusiasmo por la gloria nacional, de esfuerzos muy notables para perfeccionar la lengua vulgar, que quisieran reducir á su brillante origen. Dícese que el celo de los extranjeros, uniéndose al celo patriótico, está á punto de ofrecer al mundo una academia ateniense, etc.

Fundados en estas relaciones podríamos creer la regeneracion próxima de una nacion que fue en otro tiempo tan célebre, aunque la institucion y la regeneracion de las naciones por medio de academias, y aun en general por medio de las ciencias, sea incontestablemente lo mas contrario que se puede imaginar á todas las leyes divinas. No obstante, acepto con el mayor consuelo este vaticinio, y todos mis votos se dirigen al éxito feliz y mejor suceso de tan nobles esfuerzos; pero ¿qué sé yo? Muchas consideraciones me inquietan aun, y, lo confieso, me hacen dudar á pesar mio. He hablado muchas veces con personas que habian permanecido largo tiempo en Grecia, y que habian observado particularmente á sus habitantes; y á todas las he hallado conformes en la opinion, de que nunca será posible establecer una soberanía griega; porque hay en el carácter griego una cosa inexplicable que se opone á toda grande asociacion, y á toda organizacion independiente; y esto es en verdad lo primero que advierte cualquier extranjero si tiene ojos para ver. Deseo con todas las veras de mi corazon que me hayan engañado; pero son muchas las razones que hablan en favor

de esta opinion. Desde luego ella se funda sobre el carácter eterno de esta nacion, *que nació dividida*, si es permitido hablar así. Ciceron, que solo distaba tres ó cuatro siglos de los bellos dias de la Grecia, no la concedia, no obstante, sino los talentos y la imaginacion: pues ¿qué podemos esperar nosotros hoy de esta nacion desdichada, despues de haber pasado sobre ella veinte siglos, sin dejarla ni aun solamente ver la luz de la libertad? La terrible esclavitud que está sufriendo hace cuatro siglos, ¿no ha extinguido en el alma de los griegos hasta la misma idea de la independencía y de la soberanía? ¿Quién no conoce la accion deplorable del despotismo sobre el carácter de una nacion á quien sujeta? ¡Y aun qué despotismo! Acaso ningun pueblo lo experimentó semejante. En Grecia no hay ningun punto de contacto, ni union, ni mezcla alguna posible entre el amo y el esclavo. Los turcos son en el dia lo que eran en medio del siglo XV, á saber, unos tártaros acampados en Europa. Nada puede unirlos á un pueblo subyugado, que nada puede hacerse unir á ellos. Allí, dos leyes enemigas se miran una á otra con furor, y podrian estarse mirando eternamente, sin poder amarse jamás. Entre ellas no son posibles tratados, convenios, ni transacciones. Nada puede conceder la una á la otra, y ni aun aquel sentimiento que lo iguala todo, lo estrecha todo, todo lo vence y une, no puede cosa alguna sobre ellas. De una y otra parte, los dos sexos no se atreven á mirarse, ó se miran temblando, como entes de una naturaleza opuesta, que el Criador ha separado para siempre. Entre ellos es un sacrilegio y el último suplicio. Parece que Mahomet II entró ayer en la Grecia, y que el derecho de conquista se ejerce allí aun con todo su rigor primitivo. El griego, colocado entre la cimitarra y el baston del baja, apenas se atreve á respirar; nada tiene seguro, ni aun la mujer con quien se acaba de desposar. Oculta su tesoro, oculta sus hijos, oculta hasta la fachada de su casa, si en ella se puede descubrir el secreto de su riqueza. Se endurece á los insultos y á los tormentos. Sabe el número de palos que puede



sufrir sin declarar el oro que ha escondido. ¿Cuál ha debido ser el resultado de este tratamiento en un pueblo oprimido, donde el niño apenas aprende á pronunciar el nombre de su madre, antes que el de *afrenta* ó insulto? Algunos verdaderos observadores aseguran, que si aquel cetro de hierro viniese á desaparecer de improviso, sería una infelicidad para la Grecia; porque entraria al punto en un acceso de convulsion universal, sin que fuese posible encontrar un remedio á ella, ni prever el fin. ¿Dónde hallaria este pueblo, suponiéndole libertado, el punto de reunion ó el centro de unidad política, que es tan inconcebible para él como le ha sido ocho siglos há el de la unidad religiosa? ¿Qué provincia querria ceder á otra? ¿Qué raza las dominaria? Fuera de que, nada hay que presagie este feliz suceso. En otro tiempo nuestra debilidad salvó el cetro de los Sultanes, y hoy nuestra fuerza lo protege. Grandes emulaciones se observan y se contrapesan; y si todas las apariencias no nos engañan, sostendrán aun, y por mucho tiempo, el trono otomano, aunque se halle minado por todas partes.

Y aun cuando este trono cayera, todo lo que conseguiria la Grecia sería mudar de dueño. Bien puede ser que en ello ganase, pero siempre sería dominada. El Egipto es sin contradiccion, bajo todos aspectos, el país mas á propósito del mundo para no depender sino de sí mismo; y no obstante, mas de dos mil años há que le declaró el profeta Ezequiel, *que jamás obedecería á un cetro egipcio*<sup>1</sup>; y con efecto desde Cambises hasta los mamelucos, la profecía no ha dejado de cumplirse. *Misraim*, sin duda, está aun expiando á nuestra vista los crímenes que en otro tiempo salieron de los templos de Memphis y de Tentyra, cuyos profundos y misteriosos subterráneos vomitaron el error sobre todo el género humano. Por este largo crimen está condenado el Egipto al último suplicio de las naciones; y el Ángel de la soberanía ha abandonado aquellos países tan famosos acaso para no volver mas á ellos. Y ¿quién sabe si la Grecia está sujeta á sufrir el mis-

<sup>1</sup> Ezech. xxix, 13; xxx, 13.

mo anatema? Ningun profeta la ha echado la maldiccion; pero casi se puede creer que la identidad de la pena supone la de los delitos. ¿No fue la Grecia *la encantadora de las naciones*? ¿No se encargó ella de transmitir á la Europa las supersticiones del Egipto y del Oriente? ¿Por ella no somos aun paganos? ¿Hay una fábula, una locura, un vicio que no tenga su nombre, su emblema ó máscara griega? Y para decirlo de una vez, ¿no es la Grecia la primera que tuvo el horrible honor de negar á Dios, y de prestar una voz temeraria al Ateismo, que no habia aun osado tomar la palabra delante de los hombres?

El griego fue el primero que orgulloso  
A humillar á los hombres se atreviera,  
Turbando en sus doctrinas su reposo<sup>1</sup>.

Eliano nota con razon que todas las naciones, llamadas *bárbaras* por los griegos, reconocieron una Divinidad suprema, y que entre ellos jamás hubo ateistas<sup>2</sup>. Quisiera engañarme; pero creo que ninguno, por perspicaz que se suponga, podrá llegar á percibir el fin de la esclavitud de la Grecia; y si llegare á verificarse, ¿quién sabe lo que sucederia? En nuestros tiempos modernos ella ha reglado mas de una vez sus esperanzas y sus proyectos políticos sobre la afinidad de los cultos; mas estando destinada á engañarse siempre, ha podido aprender muy á su costa que carece de fundamento sólido. ¿Cuántos siglos necesitará aun para comprender que no se pueden tener hermanos, cuando no se tiene una madre común?

Un error muy fatal para la Grecia, y que por desgracia no hay apariencias de que se desvanezca tan pronto, es el de apoyarse sobre antiguas memorias, para atribuirse no sé qué

<sup>1</sup> «PRIMUM Graius homo mortales tollere contra  
Est oculos ausus, etc.» (Lucr. lib. I, 67 et 68).

<sup>2</sup> Elian. *Hist. Var.* lib. II, c. 31. — Thomassino, *Modo de estudiar y de enseñar la historia*, t. I, lib. II, c. 5, pág. 381: París, 1693, en 8.º



existencia imaginaria, que la engaña sin cesar. Aun la suele ocurrir hablar de *rivalidad* respecto de nosotros; rivalidad que acaso en otro tiempo tenia algún fundamento y algún sentido; pero hoy ¿qué significa una rivalidad, donde se encuentra todo de un lado, y nada del otro? ¿Qué es lo que quiere la Grecia disputarnos, la gloria de las armas, ó la de las ciencias? Se llama á sí misma *el Oriente*, y respecto del verdadero Oriente no es mas que un punto occidental, y para nosotros apenas visible. Sabemos que escribió la *Iliada*, que edificó á *Pecila*, que hizo el *Apolo de Belvedere*, que ganó la batalla de *Platea*; mas todo eso es muy antiguo; y, hablando francamente, un sueño de veinte y cinco siglos se parece mucho á la muerte. ¡Ojalá que los mas tristes agüeros no sean mas que apariencias engañosas! Deseamos que esta nacion ingeniosa vuelva á recobrar su independendencia, y se muestre digna de ella. Deseamos que el sol se levante plácido en fin sobre su horizonte, y que las antiguas tinieblas se disipen. Á la verdad, no pertenece á un particular dar consejos á una nacion; pero los simples votos siempre son permitidos. Pueda, pues, la Grecia propiamente dicha, aquella Grecia tan bien descrita por *Ciceron*<sup>1</sup>, separarse para siempre de la fatal *Bizancio*, que en otro tiempo fue una simple colonia griega, y cuya supremacia imaginaria reposa enteramente sobre títulos que ya no existen. Se nos habla de *Focion*, de *Pericles*, de *Epaminondas*, de *Sócrates*, de *Platon*, de *Agésilao*, etc., etc.: está muy bien. Trátemos, pues, directamente con sus descendientes, sin embarazarnos con los municipios. Por nuestra parte no hay odio ni rencor, porque no hemos olvidado, como los griegos, la paz de *Lyon* y la de *Florenzia*. Abracémonos de nuevo para nunca separarnos. Entre nosotros no existe mas que un muro mágico levantado por el orgullo, y que no podrá subsistir un instante á la vista de la buena fe y del deseo de reunirse. Y si el anatema dura todavía, á lo menos procuremos que no se nos pueda hacer ninguna reconvencion.

<sup>1</sup> Vide supra, c. VIII, pág. 70.

Me consta que un prelado de la Iglesia griega se ha quejado amargamente de que las proposiciones hechas por un cierto lado, habian sido recibidas con altivo desprecio. Se mejante desvío de las máximas tan conocidas de dulzura y de inteligencia, por muy ligera que quiera suponerse, parece muy poco verosímil. Pero sea lo que fuere, es preciso desear con todas nuestras fuerzas que nuevas negociaciones tengan éxito mas feliz, y que el amor abra y extienda sus inmensos brazos para estrechar en ellos así á las naciones como á los individuos.

CONCLUSION.

I. Despues de la horrible tempestad que acaba de sufrir la Iglesia, dénla sus hijos á lo menos el espectáculo consolador de la concordia. Ya es tiempo que cesen de afligirla con sus discusiones insensatas. Á nosotros principalmente como hijos de la unidad pertenece profesar altamente los principios, cuya importancia hemos conocido por la mas terrible experiencia. En todos los puntos del globo hay por fortuna cristianos legitimos; fórmese, pues, una sola voz de todas nuestras voces reunidas, y repitamos sin cesar con un religioso transporte el grito de aquel hombre grande, á quien, aunque con tanta repugnancia como respeto, he impugnado sobre algunos puntos importantes: «¡Oh santa Iglesia romana, madre de las iglesias y de todos los fieles: Iglesia escogida por Dios para unir á sus hijos en la misma fe, y en la misma caridad! Siempre estaremos unidos contigo de todo nuestro corazón<sup>1</sup>.» Hemos desconocido demasiado nuestra felicidad: extraviados por las impías doctrinas que en el último siglo han resonado en la Europa, y aun acaso mucho mas por exageraciones insostenibles, y por un espíritu de independendencia encendido en el mismo seno de la Iglesia, hemos casi roto los lazos cuyo precio inestimable no podemos menos de conocer hoy, sin hacernos absolutamente

<sup>1</sup> Bossuet, *Sermon sobre la unidad*.



inexcusables. Permitásenos decir, sin exceder los límites del profundo respeto que es debido á las soberanías católicas, que algunas de ellas han parecido alguna vez apostatar; porque apostasía es desconocer los fundamentos del Cristianismo, conmovierlos declarando altamente la guerra al Jefe de esta Religión, abrumándole de disgustos, amarguras y groserías, que acaso no se hubiesen aun permitido las potencias protestantes. Entre estos Príncipes hay algunos que algun día serán colocados en la clase de los grandes perseguidores: no han hecho correr la sangre, es verdad, mas la posteridad preguntará si los Dioclecianos, los Galerios, Maximianos y los Decios trataron peor ó hicieron mas daño al Cristianismo\*.

Tiempo es ya de abjurar sistemas tan culpables; tiempo es ya de volver al Padre comun, de echarnos francamente en sus brazos, y de hacer caer en fin esta muralla de bronce, que la impiedad, el error, la preocupacion y la malevolencia habian levantado entre él y nosotros.

II. Pero en este momento solemne en que todo anuncia que la Europa está próxima á una revolucion memorable, cuyo terrible é indispensable preliminar ha sido el que ya hemos visto, debemos ante todas cosas dirigir á los Protestantes nuestras fraternales reconvenciones, y nuestras mas ardientes súplicas. ¿Qué esperan aun, ó qué buscan? Ellos han recorrido el círculo entero del error. Á fuerza de atacar y de roer, por decirlo así, la fe, han destruido entre ellos el Cristianismo; y gracias á su terrible ciencia, que no ha cesado de protestar, la mitad de la Europa se encuentra en fin sin religion. La era de las pasiones ya ha pasado, y podemos ha-

\* Y responderá que no. Estos fueron francos, y decian que querian destruir: mataban y desterraban, diciéndolo claramente, porque eran cristianos, y la gloria y la sangre de los Mártires cual semilla fecunda multiplicaba los cristianos. Los Dioclecianos modernos no quieren conceder á sus victimas la gloria del martirio, y quieren exterminar la Religión á título de protegerla.

(Nota del Director de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

blarnos sin aborrecernos, y aun sin acalorarnos. Aprovechémonos de esta época favorable, y penétrese sobre todo los Príncipes de que su poder se les va de las manos, que la monarquía europea no ha podido constituirse, ni puede conservarse sino por la religion *una y única*, y que si este aliado les falta, es preciso que perezcan.

III. Todo lo que se ha dicho para asustar á las potencias protestantes sobre la influencia de una potencia extranjera, es un fantasma, un espantajo levantado en el siglo XVI, y que nada significa en el nuestro. Sobre todo, los ingleses reflexionen profundamente sobre este punto, porque el gran movimiento debe partir de allí; y adviertan que si no se apresuran á empuñar la palma inmortal que se les presenta, otro pueblo se la arrebatará. Los ingleses en sus preocupaciones contra nosotros, no se engañan sino en el tiempo; su falta de razon es un anacronismo. Ellos leen en algun libro católico que no se debe obedecer á un Príncipe hereje, y al punto se exaltan y gritan: ¡Papismo! mas todo este fuego se apagaria al instante, si se tomasen la pena de leer la fecha del libro, que infaliblemente debe ser de la deplorable época de las guerras de religion, y de las mudanzas de soberanías. ¿No han declarado ellos mismos en pleno Parlamento «que si un Rey de Inglaterra abrazase la religion católica, POR EL MISMO HECHO seria privado de la corona?»<sup>1</sup> Luego ellos creen que el crimen de querer mudar la religion del país, ó aun solamente de excitar esta sospecha legitima, justifica la desobediencia de los súbditos, ó mas bien los autoriza á destronar al Príncipe sin hacerse rebeldes. Ahora, pues, yo quisiera saber ¿por qué Isabel ó Enrique VIII tuvieron mas derechos sobre sus súbditos católicos, que el actual rey Jorge tendria sobre sus súbditos protestantes? Y ¿por qué los Católicos de aquel tiempo, fortalecidos con sus privilegios naturales, y con una posesion de diez y seis siglos, no estarian autorizados á mirar á sus tiranos como destituidos POR EL MIS-

<sup>1</sup> *Debates del Parlamento*, en inglés: Lóndres, 1805, vol. IV, pág. 677.



mo hecho de todo derecho á la corona? Yo no me arriesgaré á decir, que una nacion en igual caso *tiene derecho* de resistir á su Príncipe, y de juzgarlo y deponerlo, porque me costaria mucho pronunciar esta decision en cualquier suposicion imaginable\*; pero sin duda se me concederá, que si hay alguna cosa que pueda justificar la resistencia, será el hecho de atentar contra la religion nacional. Durante largo tiempo el título de *jacobita* anunció un enemigo declarado de la casa reinante. Esta se defendía, y levantaba la segur sobre cualquier partidario de la familia desposeida; este era el orden político. Pero ¿en qué momento preciso principió el *jacobita* á ser realmente culpable? Esta es una cuestion terrible que debe dejarse al juicio de Dios.

Ahora que se ha explicado por el tiempo, se presenta el católico al Rey de Inglaterra, y le dice: «Bien veis nuestros principios, y que nuestra fidelidad no tiene límites, ex-

\* Sola esta expresion basta para formar la apologia del Conde Maître contra las cavilosas imputaciones de algunos talentos superficiales. No aventuraremos nuestro juicio, pues que lo es de todos los hombres sábios, si aseguramos que esta obra clásica es el apoyo mas sólido de las soberanías. El conjunto de ideas que abraza de un modo inimitable, miradas á la luz de la razon ilustrada por la religion católica, no solo sostienen el trono y los *derechos soberanos* de los Príncipes, si que les dan un realce á que (acáso) no habia llegado jamás la vista mas perspicaz del entendimiento humano.

De este argumento *ad hominem* contra los Protestantes, quieren formar una acusacion contra la *fe política y religiosa* de este grande hombre, y tratan de colgarle los dijes de *enemigo* de las soberanías temporales, y de *protestor* de las insurrecciones populares contra sus legítimos Soberanos. Léase (única contestacion por ahora) sin preocupacion toda la obra, medítese el plan y sus partes, cotéjese con este número III, en donde forma la *conclusion* de toda esta interesante materia; y al fin de su lectura todo hombre católico y sensato no podrá menos de repetir con el Autor: «Yo no me arriesgaré á decir que una nacion en igual caso (la famosa revolucion de Inglaterra) *tiene derecho* (del *derecho* habla) de resistir á su Príncipe, de juzgarlo y deponerlo; porque me costaria mucho (tal es el estilo moderado de este grande hombre en toda su obra) pronunciar esta decision en *cualquier suposicion imaginable*, etc.»

«cepciones ni condiciones. Dios nos ha enseñado que la soberanía es obra suya; nos ha mandado que resistamos, hasta con peligro de la vida, á cualquiera violencia que quisiera destruirla; y si esta violencia llegase á ser feliz, en ninguna parte nos ha revelado hasta qué época puede el suceso hacerla legitima. Apresurarse demasiado, puede ser un crimen; pero nunca lo fue morir por sus antiguos dueños. Mientras hubo Estuardos en el mundo, combatíamos por ellos, y bajo la cuchilla de vuestros verdugos nuestro último suspiro fue por aquellos Príncipes desgraciados. Ya no existen: Dios ha hablado; vosotros sois soberanos legítimos; no sabemos desde cuándo, pero lo sois. Recibid, pues, esta misma fidelidad religiosa, constante, invencible, que en otro tiempo juramos á esa dinastía desdichada que precedió á la vuestra. Si la rebelion volviese un dia á bramar al rededor de vos, ningún temor ni seduccion alguna será capaz de separarnos de vuestra causa. Aunque respecto de nosotros hubiéseis procedido con las sinrazones mas inexcusables, nosotros os defenderíamos hasta el último suspiro. Donde quiera se combata por vos en todos los campos de batalla, nos encontrareis al rededor de vuestras banderas; y si para confirmar nuestra fidelidad fuese preciso subir á los cadalsos, ya nos habeis acostumbrado á ello, y los regaríamos con nuestra sangre, sin acordarnos de la de nuestros padres, que vosotros hicisteis derramar por este mismo crimen de fidelidad.»

IV. Todo parece demostrar que los ingleses están destinados á dar el primer impulso al gran movimiento religioso que se prepara, y que formará una época sagrada en los fastos del género humano. Para ser los primeros que lleguen á la luz entre todos los que la abandonaron, tienen dos inapreciables ventajas que conocen poco, y son, que por una feliz contradiccion su sistema religioso es á un mismo tiempo el mas evidentemente falso y el mas evidentemente cercano á la verdad.

Para saber que la religion anglicana es falsa, no hay ne-



cesidad de explicaciones ni de argumentos. Basta mirarla, y queda juzgada por intuición; pues es tan falsa como el sol es luminoso. *La jerarquía anglicana se halla aislada en el Cristianismo: es, pues, nula.* Nada hay que pueda razonablemente oponerse á esta simple observación. Su episcopado lo desechan igualmente la Iglesia católica y la protestante. Pues si no es católico ni protestante, ¿qué es? Nada. Es un *establecimiento civil*, diametralmente opuesto á la universalidad, que es el signo exclusivo de la verdad. Una de dos, ó esta religion es falsa, ó Dios se encarnó solo para los ingleses; no hay medio. — Frecuentemente sus teólogos apelan al ESTABLECIMIENTO, sin conocer que esta sola palabra hace nula su religion, pues supone la novedad y la acción humana, que son dos grandes anatemas igualmente visibles, decisivos é indelebles. Otros teólogos de esta escuela, y aun prelados suyos, queriendo evitar estos anatemas, de qué están íntimamente convencidos, han tomado el extraño partido de sostener *que ellos no son protestantes sino apóstólicos*<sup>1</sup>. Esto sería sin duda motivo para provocar nuestra risa, si pudiéramos reirnos de cosas tan serias y de personas tan estimables.

V. Por otra parte la Iglesia anglicana es la única asociación del mundo que se ha declarado nula y ridícula en el mismo acto que la constituye. En este acto proclamó solemnemente TREINTA Y NUEVE ARTÍCULOS, ni mas ni menos, absolutamente necesarios para la salvación, y los cuales es preciso jurar para pertenecer á esta Iglesia. Pero en uno de ellos, que es el 25<sup>o</sup><sup>2</sup>, declara solemnemente que Dios, al constituir su Iglesia, no ha dejado en la tierra *infalibilidad*; que todas las iglesias, principiando por la de Roma, se han

<sup>1</sup> Véase la nota puesta al lib. IV, c. V, pág. 54.

<sup>2</sup> Es el 6.º concebido en estos términos: «Sacra Scriptura continent omnia quae ad salutem sunt necessaria. Ita ut quidquid nec legitur, neque inde probari potest, non sit à quodam exigendum, et tanquam articulum fidei credatur, aut ad salutis necessitatem requiri.» Wilkinst, *Concilia Anglic.* in fol. t. XI, pag. 233.

engañado, y se han engañado groseramente *aun sobre el dogma, y aun sobre la moral*; de modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y por tanto que la santa Escritura es la única regla del cristiano<sup>1</sup>. Así, pues, la Iglesia anglicana declara á sus hijos que tiene derecho de mandarles, pero que ellos tienen derecho á no obedecerla. Y hé aquí como en el mismo momento, con la misma pluma, la misma tinta, y en el mismo papel, declara el dogma, y declara que no tiene derecho de declararlo. Creo que en el interminable catálogo de la locuras humanas esta tendrá siempre uno de los primeros lugares.

VI. Despues de esta solemne declaración de la Iglesia anglicana, que se anula á sí misma, solo faltaba un testimonio de la autoridad civil, que ratificase este juicio; y yo encontré este testimonio en los debates parlamentarios del año 1805 sobre la emancipación de los Católicos. En una de aquellas sesiones acaloradas ó ruidosas, que no deben servir sino de preparar los espíritus para una época mas lejana y feliz, el Procurador general del Rey de la Gran Bretaña dejó escapar una frase, que no ha sido muy notada, á mi parecer, pero que sin embargo no deja de ser una de las cosas mas curiosas que acaso se han dicho en Europa de un siglo á esta parte.

Este magistrado revestido con el ministerio público decía á la cámara de los Comunes: «Acordaos que para la Inglaterra es absolutamente lo mismo revocar las leyes que se han dado contra los Católicos, que tener al instante un Parlamento católico y una religion católica en lugar del *establecimiento actual*»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Sicut erravit Ecclesia Hierosolymitana, Alexandrina, et Antiochena, ita erravit Ecclesia Romana, non solum quoad agenda et caeremoniarum ritus, verum in his quae credenda sunt.» Artículo XIX, *ibid.* pág. 233.

<sup>2</sup> El texto literal inglés dice así: «Yo pienso que no puede haber alternativa entre conservar el *establecimiento* que tenemos, ó poner el establecimiento católico romano en su lugar.» (*Debates del Par-*